

“Como un juego”: la perspectiva del varón adolescente sobre la coerción sexual¹.

Hernán Manzelli²

“Es un juego, digamos... y bueno... como todo juego siempre hay un ganador pero... ese juego va a ser difícil... hasta que... es como algunas partidas, vos seguí, seguí, seguí escurbando que vas a encontrar lo que vos buscás.”

(Ignacio, 20 años, estrato bajo)

La coerción sexual afecta la salud física y mental de las personas que son expuestas a estas situaciones. Por otro lado, constituye una incuestionable manifestación del estado de subordinación genérica en el que se encuentran las mujeres en nuestra sociedad. A pesar de ello existe un gran desconocimiento sobre este fenómeno. Esto constituye un serio inconveniente al momento de plantearse políticas y campañas efectivas contra este tipo de actitudes. Aún menos explorada ha sido la perspectiva de los varones, en tanto actores genéricos, sobre este tema.

El objetivo de este artículo es analizar los significados que los varones adolescentes construyen sobre algunas conductas relacionadas con la coerción sexual. Desde un enfoque de género, nos guía el supuesto teórico de que la forma en que es construida culturalmente la identidad masculina (en relación con una identidad femenina) crea espacios de legitimidad para conductas coercitivas.

Esta ponencia se basa en resultados preliminares de una investigación cualitativa realizada en Buenos Aires que tiene por objetivo explorar y analizar los factores sociales y culturales que intervienen en la adopción de conductas coercitivas en el campo de la sexualidad en varones adolescentes. Este estudio continúa una línea de investigación que se viene desarrollando en el CENEP, integrándose temáticamente con una investigación cuantitativa realizada en Argentina en 1996 (Pantelides y Geldstein, 1999), cuyo objetivo era entender las circunstancias, correlaciones y características de la iniciación sexual bajo coerción en adolescentes mujeres de clase media-baja y baja.

En primer lugar, presentamos algunos elementos conceptuales que dan cuenta del interés teórico y práctico del estudio de la coerción sexual. Explícitamos aquí el concepto de coerción sexual con que trabajamos y resumimos el estado del arte sobre la temática en la Argentina. En segundo lugar, se detallan los aspectos metodológicos que nos guiaron en esta investigación. Estos elementos se tienen en cuenta, en tercer lugar, para describir algunos resultados preliminares sobre las percepciones sobre lo que es y no es coerción sexual para estos varones adolescentes, por dónde pasa el límite entre lo permitido y lo prohibido, las conductas concretas de coerción sexual y la influencia del grupo de pares en las conductas sexuales y reproductivas. A modo de conclusión, se introducen y afinan el resto de los ejes de indagación de esta investigación que aún se halla en su fase exploratoria.

Algunos aspectos teóricos sobre la coerción sexual

La definición del concepto de coerción sexual es compleja, ya que las percepciones sobre lo que es o deja de ser coerción varía de acuerdo a diferencias sociales, culturales e individuales. Como señalan Pantelides y Geldstein (1999) "lo que se entiende por coerción sexual, tanto por los investigadores (perspectiva "etic") como por los actores (perspectiva "emic") dista de ser claro". Para este trabajo hemos adoptado la siguiente definición:

"Coerción sexual es el acto de forzar (o intentar forzar) a otro individuo a través de la violencia, tratos, insistencia verbal, engaño, expectativas

¹ Este artículo presenta resultados de una investigación realizada en el marco de una beca de posgrado del Consejo Nacional para la Investigación en Ciencia y Tecnología – CONICET- con sede en el Centro de Estudios de Población.

² Licenciado en Sociología con orientación en Demografía de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se encuentra cursando la Maestría en Ciencias Sociales y Salud de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO- y el Centro de Estudios de Estado y Sociedad – CEDES-, con apoyo de la fundación PROGRESSAR. .

culturales o circunstancias económicas a tener relaciones sexuales en contra de su voluntad." (Heise, Moore y Toubia 1995).

Desde la perspectiva de los actores resulta complicada la percepción de coerción, ya que, como escriben Heise et al., incluye una amplia gama de comportamientos que van desde la violación hacia áreas no tan bien delimitadas como las presiones verbales o las expectativas culturales. Como se indica en el trabajo de Pantelides y Geldstein (1999), si se tiene en cuenta que en esta sociedad patriarcal, donde predominan los valores de que la iniciativa sexual debe ser tomada siempre por el varón, un hombre nunca puede rehuir a una relación sexual y que el acto de presionar para obtener ciertos "favores" sexuales es parte de la definición de lo que es el rol masculino "esto hace necesario adaptar la definición de coerción sexual, entendiéndola como una continuo donde el valor 0 rara vez sea la norma". Ahora bien, ¿cuáles son los factores que están influyendo en estas diferenciadas percepciones de conductas coercitivas?

Desde un punto de vista teórico, el fenómeno de la coerción sexual aparece como una de las más evidentes cristalizaciones de las relaciones sociales de dominación por género. Si partimos de un enfoque constructivista, en el que se descarta que la violencia masculina sea el resultado mecánico de la biología, debemos encontrar la explicación de esta violencia en las condiciones sociales y psíquicas en las que se adquiere la masculinidad. Esta perspectiva nos brinda la oportunidad de indagar en los mecanismos sociales y culturales mediante los cuales la agresión es legitimada como parte inmutable de la sexualidad masculina. Por otro lado, al focalizarnos en la perspectiva masculina sobre la violencia, la virilidad y el poder (Brittan 1989; Cornwall y Lindisfarne 1994; Kaufman 1995; Kimmel y Messner 1992; Kimmel 1992; Seagal 1990; Seidler 1994; Conell 1995; Brod y Kaufman 1994), nos adentramos en el espacio de la construcción de las identidades. La problemática teórica que comenzamos a explorar en este trabajo tiene dos ejes. En primer lugar, nos preguntamos por la constitutiva importancia que adquieren las relaciones asimétricas de género en la construcción de una identidad social masculina. Subyacen implícitas en este interrogante otras preguntas que revierten interés político: ¿qué otras opciones hay?, ¿es posible un cambio? En segundo lugar, intentamos incursionar en los significados sociales de esta sexualización de la violencia. En otras palabras, si, contra una postura esencialista, ya no son los genes ni las glándulas sexuales los que determinan la violencia sexual, ¿por qué este tipo de violencia que asume el carácter de "sexual" sigue teniendo como dirección casi exclusiva de los hombres hacia las mujeres? Las preguntas "políticas" que nos hacemos aquí son: ¿son las relaciones sexuales en sí un medio para perpetuar las relaciones de dominación y subordinación? y ¿cómo puede cambiarse esto?

Desde un punto de vista práctico, esta línea de estudios tiene la intención de proveer a los trabajadores de servicios de salud y otras instituciones de acción social, conocimientos necesarios para la prevención de intercambio sexual no deseado y los problemas de salud reproductiva con los que se asocian las conductas coercitivas. Como señalan Heise et al. (1995), este tipo de conductas está estrechamente relacionado con algunos de los temas más importantes de la salud reproductiva en nuestros días: embarazo no deseado, iniciación sexual violenta, comportamiento sexual de alto riesgo (como sexo sin protección con múltiples parejas y prostitución), enfermedades de transmisión sexual, mortalidad materna y neonatal y trastornos ginecológicos. Además de los efectos de la coerción sexual sobre la salud física, otros estudios también mencionan sus efectos sobre la salud mental: depresión, ansiedad, estrés postrauma y disfunción sexual, llegando finalmente a efectos mortales como el suicidio, el homicidio y la mortalidad materna (Figuerola et al. 1999: p. 45).

Estudios previos similares

En el caso particular de Argentina, la investigación sobre coerción sexual es muy escasa, y nula aquella dedicada a captar la percepción masculina sobre este fenómeno. Sin embargo, existe cierto conocimiento acumulado de investigaciones en el área de sexualidad y salud reproductiva que permiten no dudar sobre la existencia de este fenómeno y que puede llegar a ser mensurable (Pantelides y Cerrutti 1992; Kornblit y Mendes Diz 1994; Necchi, Schufer y Méndez Ribas 2000; Pantelides, Geldstein e Infesta Domínguez 1995; Infesta Domínguez 1996a). Dentro de la misma línea de estudios, a mediados de la década del noventa comienza a producirse una serie de investigaciones que indagan en la construcción social de la masculinidad como una herramienta útil para el análisis de los comportamientos sexuales y reproductivos,

en las cuales también podemos rastrear alguna información indirecta sobre coerción sexual (Infesta Domínguez 1996b; Villa 1996).

Hasta el momento de la presentación de este artículo, según nuestro conocimiento, el único estudio que abordó específicamente el tema de la coerción fue la investigación sobre iniciación sexual en mujeres adolescentes de bajos recursos, realizada en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) (Pantelides y Geldstein 1999). Los objetivos de esta investigación son: explorar y describir las circunstancias y correlatos de la iniciación sexual para establecer la presencia o ausencia de coerción; detectar en qué medida las propias adolescentes vivían la situación como una de presencia o ausencia de coerción; y establecer cómo las adolescentes definían la presencia de coerción en las relaciones sexuales (cuál era su umbral de percepción). Con tal fin, se realizó una encuesta a mujeres adolescentes de entre 15 y 18 años que concurrían a un consultorio de ginecología de un hospital público. También se realizaron 30 entrevistas en profundidad a una población con las mismas características. Entre los hallazgos de esta investigación encontramos que *“las adolescentes entrevistadas detectan la coerción por parte del varón aunque ésta no represente el uso de la fuerza física ni la amenaza de su uso”* (Pantelides y Geldstein 1999: 52). Por otro lado, las autoras señalan situaciones donde es difícil determinar tanto para las adolescentes entrevistadas como para las investigadoras si la coerción estuvo presente. Esta “zona gris” incluye aquellas situaciones en las que las adolescentes declaraban el motivo de su inicio sexual con respuestas como “él me convenció” y “vergüenza de decir que no”, pero también cuando citaban el amplio “por amor”. Se señala que la mayor edad y el mayor nivel educativo actúan como factores protectores de una iniciación sexual forzada. Esta investigación significa un importante antecedente para nuestro trabajo ya que nos permite contrastar las actitudes y las representaciones de los varones con las de las mujeres, desde una perspectiva que analiza las construcciones simbólicas del sistema de género como proceso relacional.

En el área de los estudios sobre sexualidad y salud reproductiva, distintas investigaciones realizadas en el país evidencian la presencia de coerción sexual en la sociedad argentina y nos dan cuenta de algunas de las características que ésta adopta.

Una de las investigaciones pioneras sobre sexualidad y salud reproductiva es la realizada en 1990 por Pantelides, Bianculli, Strajelevich y Cerrutti en la que se analizaron las conductas sexuales de los adolescentes en términos de iniciación, frecuencia y valoraciones de las relaciones sexuales; la percepción del cuerpo y el conocimiento de las funciones reproductivas; el conocimiento y la utilización de métodos anticonceptivos; la comunicación de los adolescentes con padres, maestros y pares sobre temas vinculados a la sexualidad; y por último, las características del embarazo adolescente (Pantelides y Cerrutti 1992). En el marco de esta investigación se realizó una encuesta a adolescentes de entre 13 y 19 años de ambos sexos elegidos al azar en los servicios de adolescencia de hospitales públicos en dos ciudades argentinas. Un hallazgo que recubre especial importancia para nuestro objeto de estudio es que mientras no se registraron adolescentes varones que evidenciaran experiencias o sentimientos negativos asociadas a la primera relación sexual, el 12 por ciento de las adolescentes encuestadas declaró como motivo de su iniciación sexual la presión, la obligación y/o la violencia (Pantelides y Cerrutti 1992: 86). Este porcentaje nos da un primer indicio sobre la presencia de coerción sexual, sin embargo no nos permite explorar las características específicas que asume este fenómeno. Por otro lado, en esta investigación se evidencia claramente la diferente forma en que adolescentes varones y mujeres vivencian los motivos para su iniciación sexual. Las autoras señalan que *“las mujeres enfatizan el amor y el gusto por el otro y afirman argumentos en los que el compromiso afectivo está por encima de, o es el que fundamenta el placer físico mientras los varones expresan el placer y el gusto de la relación sexual misma o la curiosidad”* (Pantelides y Cerrutti 1992: 86). El 70% de las adolescentes entrevistadas en esta investigación declaran que fue su pareja quien tomó la decisión de tener la primera relación sexual, en coherencia con casi el 60% de los varones que declaran que fueron ellos los que decidieron tener esa relación. Como señalan las autoras, esto muestra que *“una gran proporción de mujeres adolescentes tienen su primera relación sexual no por propia decisión, sino por decisión de su pareja, si bien ellas pueden haber mostrado conformidad”* (Pantelides y Cerrutti 1992: 35). Esta percepción diferencial de los motivos para tener relaciones sexuales según el sexo se estaría basando en una construcción social de identidades genéricas, idea que en trabajos académicos posteriores (Pantelides, Geldstein y Infesta Domínguez 1995) va a aparecer bajo el concepto de “imágenes de género”. A partir de estas lógicas de género complementarias, naturalizadas socialmente, resulta interesante preguntarse por los umbrales de percepción de coerción sexual. ¿Hasta dónde los adolescentes varones

reconocen el ejercicio de la coerción sexual sobre sus parejas? ¿cómo justifican o explican (se justifican o se explican) esta acción?

Kornblit y Mendes Diz (1994), estudiaron las conductas, representaciones sociales y valores acerca de la sexualidad y el hecho reproductivo en jóvenes de 13 a 19 años de sectores medios de la ciudad de Buenos Aires, y en adultos en contactos con ellos (padres y docentes). Realizaron una encuesta a jóvenes seleccionadas al azar que concurrían a escuelas de la ciudad de Buenos Aires, a uno de sus progenitores y a todos sus docentes. En concordancia con otras investigaciones, encuentran que *“existe un estereotipo acerca de la autonomía entre relaciones sexuales y afectividad por parte de los varones que es fuerte y sostenido homogéneamente por los tres grupos estudiados [jóvenes, padres y docentes]”* (Kornblit y Mendes Diz 1994: 104). Esta teoría de la autonomía entre relaciones sexuales y afectividad de los varones tendría su contraparte en una teoría de la sujeción de las relaciones sexuales al compromiso afectivo en las mujeres. Las autoras señalan que *“con respecto a la socialización atinente a la sexualidad, puede concluirse también que ella continúa siendo diferencial según los géneros: a las mujeres se las socializa enfatizando la asociación amor romántico-sexo (92% de mujeres y 34% de varones contestaron que sólo tienen relaciones sexuales con alguien de quien están enamorados)”* (Kornblit y Mendes Diz 1994: 107). Estos estereotipos o teorías reflejan un discurso hegemónico en el que se evidencian las desigualdades de poder que implica pertenecer a uno u otro género. Es a partir de este contexto discursivo (en el que subyace una clara asimetría de género) donde las y los adolescentes orientan sus conductas sexuales.

Necchi, Schufer y Méndez Ribas (2000), realizaron una investigación en 1994 cuyo objetivo fue describir creencias, conocimientos, actitudes, valores, conductas y circunstancias psicosociales de la iniciación sexual y sus riesgos asociados (embarazo y SIDA) y las variaciones introducidas por condición de género, educación del padre y tipo de escuela. Con tal fin se llevó a cabo una encuesta a adolescentes escolarizados de la ciudad de Buenos Aires de entre 15 y 18 años. Entre los resultados de esta investigación encontramos que una quinta parte de las adolescentes mujeres entrevistadas tuvo su primera relación sexual motivada por “provocación, seducción o insistencia de la pareja”. A pesar de que esta categoría es amplia y heterogénea, podemos inferir que esta proporción de mujeres adolescentes pone en el otro (su compañero sexual) el motivo para iniciarse sexualmente. Igual que en estudios anteriores, también aquí se observó un comportamiento diferencial según el sexo con respecto a las motivaciones para tener la primera relación sexual: *“las mujeres concentran sus respuestas en el deseo de tener una relación más profunda con sus compañeros, una motivación que se inscribe en una concepción de las relaciones de pareja en las que el romanticismo no es ajeno(...) Los varones dan un abanico más abierto de motivaciones, aunque el impulso sexual aparece como predominante”* (Necchi, Schufer y Méndez Ribas 2000: 238). Por otro lado, los autores destacan la influencia del grupo de pares como motivo que lleva a los adolescentes varones a tener su primera relación sexual, mientras que este motivo no aparece declarado por ninguna de las entrevistadas.

Pantelides, Geldstein e Infesta Domínguez (1995) analizan la relación entre las imágenes de género y la conducta reproductiva de los/as adolescentes. El objetivo general que guió este trabajo fue “explorar algunos de los mecanismos a través de los cuales la desigualdad de género afecta la conducta reproductiva en la adolescencia” (Pantelides, Geldstein e Infesta Domínguez 1995: 8). Esta investigación constó de una etapa cualitativa en la que se realizaron entrevistas en profundidad a adolescentes mujeres y varones residentes en el AMBA, y una parte cuantitativa en la que se aplicó una encuesta a una muestra de 386 adolescentes (muestra no probabilística por cuotas) con las mismas características. Las autoras señalan que *“la enorme mayoría de las mujeres se iniciaron sexualmente con el novio; es así que el amor, estar enamorada, fue para ellas el motivo más frecuente de iniciación de relaciones sexuales, al que siguen en importancia el deseo y la curiosidad –más frecuentes entre las chicas de clase baja-. También fueron ellas las que con mayor frecuencia, aunque no de manera exclusiva, mencionaron la presión de la pareja, e incluso la violencia, como el motivo de su iniciación sexual, y calificaron a esta primera experiencia como “desagradable”. (...) Existe gran consenso entre los encuestados respecto de que muchas chicas que no desean mantener relaciones sexuales no se atreven a decir que no por temor al enojo y el abandono del compañero”* (Pantelides, Geldstein e Infesta Domínguez 1995: 113-114). En esta investigación encontramos nuevamente esta “complementación” entre una iniciación motivada por el “amor” y por la iniciativa del otro, que declara la mayoría de las adolescentes mujeres, y una iniciación basada en el deseo y/o las ganas, como principal motivo de iniciación para los varones. También aparece la presión del grupo de pares como motivo para la iniciación sexual de los varones adolescentes (motivo casi inexistente entre las mujeres). Las autoras llaman

la atención sobre la falta de alusión o reconocimiento del propio deseo sexual entre las mujeres, especialmente en las de clase baja. Respecto al comportamiento diferencial entre adolescentes varones y mujeres respecto a su motivación para tener relaciones sexuales explican que *“... en tanto la sociedad reconoce el deseo sexual del hombre, tiende a negar el deseo sexual de la mujer y a ver su manifestación como una actitud desviada. Las lógicas consecuencias de esto son que el hombre no encuentre demasiados obstáculos para reconocer su propio deseo sexual y, por ende, tampoco en satisfacerlo naturalmente. Las cosas no son tan sencillas para las mujeres, que debieron recurrir al famoso “lo hice por amor” para evitar la sanción social que recibirían si reconocieran que “lo hice por deseo” ”* (Pantelides, Geldstein y Infesta Domínguez 1995: 113-114). La pregunta que subyace a este enunciado es ¿cuán “naturalmente” satisfacen estos hombres su deseo sexual? ¿Es la coerción una forma “natural” de satisfacer el deseo sexual? ¿No estamos perdiendo de vista, tal vez, los condicionantes sociales que intervienen en las formas de satisfacción del deseo sexual masculino?

Infesta Domínguez (1996a) explora la red de determinantes que establecen diferencias en las actitudes de las mujeres adolescentes frente a la anticoncepción y el aborto, así como también en relación al uso concreto y eficacia en el uso de anticonceptivos. A partir de entrevistas en profundidad a adolescentes mujeres de entre 15 y 19 años de estrato medio/alto y bajo del AMBA, Infesta Domínguez encuentra que algunas adolescentes manifiestan que acceden a tener relaciones sexuales frente a las presiones de sus compañeros por el temor que sienten ante la reacción del varón: que la abandone o que responda con violencia (Infesta Domínguez 1996a: 154-155). Este tipo de comportamiento se daría en el marco de una *“...idealización del sexo [que] reduce las posibilidades de las jóvenes de tomar responsabilidad de su vida sexual (...). En este sentido, la mayoría de las entrevistadas que no adoptan conductas de cuidado al tener relaciones sexuales argumentan que esto se debe a que estaban “desprevenidas” porque la situación “las tomó por sorpresa”* (Infesta Domínguez 1996a: 129).

Las investigaciones de Villa (1996) y de Infesta Domínguez (1996b) son las primeras investigaciones en sexualidad y salud reproductiva de Argentina que incorporan el concepto de construcción de la masculinidad. Este tipo de estudios toma como principal vertiente de análisis la producción teórica que se centraliza en la masculinidad como el resultado de una construcción de la interacción social y que surge a mediados de los años ochenta influida por la teoría del género (ver Infesta Domínguez y Manzelli 1998). Esta línea de estudios se encuentra actualmente en fuerte crecimiento.

El trabajo de Villa (1996) tiene por objetivos explorar la influencia de la vida reproductiva de los hombres de poblaciones urbanas de extrema pobreza en los procesos de salud-enfermedad e indagar en los conflictos subjetivos que plantea la vida reproductiva a estos hombres en el seno de las relaciones familiares y sociales. En esta investigación se trabajó con entrevistas en profundidad y grupos de reflexión con hombres pertenecientes a tres grupos de edad: 17-21, 22-29 y 30-45 años. Un aspecto importante que surge en el marco de esta investigación es la subordinación de las diferentes sexualidades masculinas a una cultura masculina hegemónica. El autor señala que *“habría aquí una primer gran contradicción inherente al mismo proceso de construcción de una identidad de género varón: contradicción entre la búsqueda de una identidad personal y un sometimiento de los varones de sus propios ejercicios de la sexualidad a una cultura masculina impersonal, compartida con otros hombres. Construcción de una identidad personal que quedaría alienada radicalmente en la socialización con otros hombres, ya que la fuerte adhesión de los varones a una identidad de género prescripta socialmente en términos de comportamientos sexuales, limitaría el reconocimiento y el despliegue de singularidades personales”* (Villa 1996: 57). Este marco o estructura, esta “cultura masculina impersonal”, va a estar condicionando la forma en que los hombres se relacionan con las mujeres y también con otros hombres, generando determinado tipo de identidades genéricas.

Infesta Domínguez (1996b) analiza los factores sociales, culturales y psicosociales que inciden en el comportamiento sexual y reproductivo de varones adolescentes. Los datos se obtuvieron mediante entrevistas en profundidad realizadas a una muestra intencional de adolescentes varones, de entre 15 y 19 años, que residían en el AMBA y de estrato bajo y medio/alto. En coherencia con los datos de una investigación anterior (Infesta Domínguez 1996a), la autora encuentra que *“varios entrevistados reconocieron haber tenido relaciones sexuales con mujeres que no deseaban hacerlo pero, en estos casos, ellas no se lo informaron así a sus parejas, excepto los casos en que éstos las interrogaron al respecto”* (Infesta Domínguez 1996b: 130-131). Una dimensión importante que se trabaja en esta investigación es la

referida a las presiones que soportan los adolescentes varones, quienes constantemente deben dar pruebas de su masculinidad. La autora señala que: *“Tales presiones –fundamentalmente, de los pares pero también pueden provenir del propio padre – los lleva muchas veces a iniciarse sexualmente más tempranamente de lo que querrían hacerlo – por no sentirse aún preparados para tal situación, por ejemplo-, o a mantener relaciones sexuales sin desear hacerlo realmente”* (Infesta Domínguez 1996b: 184-185). Estos hallazgos nos llevan a reflexionar sobre los condicionantes sociales y culturales de una sexualidad masculina “hegemónica” que, al igual que la femenina, tiene sus posibilidades de realización claramente delimitadas.

Cabe destacar que en nuestra revisión bibliográfica la amplia mayoría del material analizado se refiere a la región del AMBA y que no encontramos casi ningún material sobre esta temática referido a otras regiones del país.

A partir del análisis de la producción científica en Argentina sobre el tema de la sexualidad adolescente surge claramente una situación en la que la coerción sexual no es la excepción. Estas investigaciones nos muestran la existencia de relaciones de género asimétricas, donde la actividad sexual de las adolescentes mujeres aparece subordinada a un imperativo romántico, mientras que la de los varones adolescentes se presenta enmarcada en un discurso de autonomía entre relaciones sexuales y afectividad. Estos hallazgos nos hacen reflexionar sobre algunos aspectos poco analizados: ¿hasta qué punto la coerción sexual expresa una negación del deseo sexual femenino y una permisividad (o “natural” satisfacción) del deseo sexual masculino?, ¿hasta dónde estos deseos masculinos no son también fomentados (siguiendo la hipótesis foucaultiana) por determinados dispositivos de control de la sexualidad? Lejos de la victimización de una “masculinidad deteriorada” o “en crisis” nos preguntamos por los mecanismos que, parafraseando al sociólogo francés Pierre Bourdieu, dominan a los dominadores (Bourdieu 2000: 89).

Estrategia metodológica

La investigación que sirvió de base para este artículo utilizó una aproximación metodológica cualitativa. Se trabajó con datos primarios obtenidos a partir de entrevistas en profundidad a varones adolescentes de dos estratos socioeconómicos: bajo y medio-alto. Las entrevistas fueron realizadas durante los meses de agosto y septiembre de 2001 a jóvenes que residían en la ciudad de Buenos Aires y partidos del conurbano.

Se tuvieron en cuenta las consideraciones éticas pertinentes a los estudios con sujetos humanos en temas sensibles: consentimiento informado, expresión de voluntad de participar en la investigación, confidencialidad de los datos y resguardo a la privacidad de los sujetos.

Las entrevistas fueron grabadas, previo consentimiento de los entrevistados, y se desarrollaron en un único encuentro con cada entrevistado, de una duración aproximada de una hora y media. A partir del texto de las entrevistas desgrabadas, procedimos a la codificación con el objetivo de acceder al universo de significados de estos 32 entrevistados sobre sus imágenes de género, historia sexual y sentimental del entrevistado, percepciones sobre lo que es coerción sexual (sobre el proceso de análisis, codificación e interpretación de datos cualitativos: Glaser y Strauss 1967; Strauss 1987; Dey 1993; Denzin y Lincoln 1998). El manual de códigos con el que codificamos las entrevistas fue construido a partir de, en primer lugar, los ejes de la guía de entrevista y, posteriormente, de las dimensiones que fueron apareciendo en el proceso de lectura y anotación de cada una de las entrevistas. Se apuntó a construir los datos significativos que permitieran develar las estructuras conceptuales que dan forma a las acciones y a partir de las cuales los entrevistados dan cuenta de su experiencia vivida. Trabajamos con el software Nud*lst para el proceso de codificación y recuperación de los datos codificados (categorías o códigos).

Se realizó una matriz de datos para cada una de estas categorías o códigos, a partir de las cuales analizamos sus características y sus relaciones. En el trabajo que aquí presentamos, comenzamos a trazar algunas líneas de conexión entre las categorías generales definición de coerción, conducta de coerción sexual como perpetrador, conducta de coerción sexual como víctima, importancia del grupo de pares en las conductas sexuales y reproductivas. En las conclusiones, esbozamos algunas hipótesis sobre la relación de estas dos categorías analizadas en nuestro artículo con las otras que forman parte de nuestra investigación.

Características de la muestra

La muestra que sirve de base para el análisis de este artículo quedó conformada por treintidós adolescentes varones con edades que iban de los 15 a los 20 años. Del total de entrevistados, doce son de estrato medio-alto y veinte entrevistados son de estrato bajo o medio-bajo. Para identificar el estrato socioeconómico utilizamos el nivel educativo del adolescente; nivel educativo de los padres; ocupación de los padres y otros indicadores que dieran cuenta de su situación económica.

	Estrato alto y medio-alto	Estrato bajo
Iniciados sexualmente	7	15
No iniciados sexualmente	5	5

De los adolescentes varones de estrato alto o medio-alto, uno tenía 15 años, uno tenía 16 años, seis tenían 17 años, tres tenían 18 años y uno tenía 19 años. Siete de este grupo de entrevistados ya se habían iniciado sexualmente. Todos eran solteros y ninguno había tenido hijos. Diez de estos varones estaban cursando en el momento de realizarse las entrevistas el secundario y dos se encontraban cursando el ciclo básico común para ingresar a la universidad. Tres entrevistados se encontraban trabajando, los dos que estaban cursando el ingreso a la universidad y un entrevistado que estaba en quinto año del secundario y daba clases particulares a alumnos de primaria. Tres entrevistados mencionaron haber trabajado anteriormente en ocupaciones relacionadas con el comercio o administrativas (cadetes) pero no lo estaban haciendo en el momento en que se realizaron las entrevistas. El resto de los entrevistados (5) no se encontraban trabajando ni buscaban trabajo. Diez de los entrevistados habían nacido en la ciudad de Buenos Aires, uno en la provincia de Santa Fe y otro en la provincia de Chubut. Todos residían en la ciudad de Buenos Aires.

De los adolescentes varones de estrato bajo o medio-bajo, cuatro tenían 15 años, cuatro tenían 16 años, tres tenían 17 años, cuatro tenían 18 años, cuatro tenían 19 años y uno tenía 20 años. En este grupo, quince entrevistados ya había tenido su primera relación sexual. Sólo uno de los entrevistados se encontraba actualmente unido y tenía un hijo. Doce de los entrevistados estaban cursando en el momento de realizarse las entrevistas el secundario o el polimodal, uno estaba cursando estudios de nivel terciario, uno tenía secundario completo y no había continuado sus estudios por trabajo y seis tenían primario completo y habían abandonado sus estudios principalmente por la necesidad de salir a trabajar. El entrevistado que tenía un hijo tenía primario completo y mencionó que había dejado de estudiar porque había tenido el hijo. Dos de los entrevistados tenían trabajo, uno en un taller metalúrgico y otro trabajaba con su padre en un taller mecánico. Un entrevistado había trabajado anteriormente repartiendo diarios pero actualmente se encontraba desempleado buscando trabajo. Seis entrevistados no tenían trabajo fijo, pero hacían changas (trabajos temporales). Doce entrevistados no estaban trabajando, de los cuales solamente tres se encontraban buscando trabajo. Diez de los entrevistados habían nacido en la ciudad de Buenos Aires, siete en el Gran Buenos Aires, uno en la provincia de Chaco, uno en la provincia de Entre Ríos y uno en Paraguay y había venido con su familia a la Argentina antes de cumplir un año. Doce residían en partidos del primer cordón del conurbano bonaerense y ocho en la ciudad de Buenos Aires.

Actitudes de los adolescentes sobre la coerción sexual

Del análisis preliminar de los datos surge claramente que si bien la mayoría mantiene relaciones de común acuerdo con su compañera sexual, cierto grado de presión aparece como necesario para mantener relaciones sexuales con una mujer adolescente.

Con el objetivo de identificar diferentes tipos de coerción que estos adolescentes reconocían y las líneas argumentales por las cuales justificaban o reprobaban dicho comportamiento, trabajamos con cinco ítems que dan cuenta de diferentes aspectos de nuestra definición teórica de coerción.

La insistencia verbal

En el primer ítem se le presentaba al entrevistado un caso hipotético en el que él tenía ganas de tener relaciones sexuales con una chica y ella le decía que no y se le preguntaba sobre qué haría frente a esa situación. En la misma línea se indagaba sobre si pensaba que las mujeres necesitaban un poco de presión para que accedieran a tener relaciones sexuales. Con este ítem apuntamos a recabar información sobre si identificaban la insistencia verbal como forma de coerción.

Salvo raras excepciones, ninguno de los entrevistados (independientemente del estrato socioeconómico) identificaba que la insistencia verbal fuera una forma de presión. Era como el punto de partida necesario e inevitable por el que tenían que pasar si querían tener relaciones sexuales. Esta presión es concebida como un “juego” dentro de la seducción entre los varones y mujeres. El adolescente varón debe convencer a la mujer adolescente para que acceda a tener relaciones sexuales.

Pero tal vez más interesante que su postura sobre si reconocían la insistencia verbal como coerción, es analizar las líneas argumentales por la cuales justifican esta “pequeña” presión. Predominan aquí los valores de que la iniciativa sexual debe ser tomada por el varón:

Entrevistador: ¿Y vos ves como necesaria esa actitud, por ahí de los chicos de insistir...?

Emiliano: Sí... sí, porque si no... cómo te puedo decir... es como si vos mismo la estás aconsejando... Eh... quizás que una piba no se va a apoyar en su amiga o en sus padres, por decirles... ponele, yo a mi viejo voy con una mina, dame plata porque me voy a un telo con una mina o le digo: me fui a un telo... Y la piba no puede hacer lo mismo con el padre o con la madre o con otras amigas, entendés... Entonces... a veces no... no se sienten... cómo te puedo decir... para... para confiar en alguien y preguntarle...

(Emiliano, 19 años, estrato bajo)

Gastón: No sé, porque no se animan a decirte: vamos a hacer el amor o... o tengo ganas, siempre esperan que el hombre le diga.

Entrevistador: Ajá, están como a la expectativa de lo que hace el otro.

Gastón: A veces tratan de excitarlo para que el hombre le diga, pero ella no se anima...

Entrevistador: Esto de tratar de excitarlo... así, ponele, hacerse la linda, sería buscando pero sin... esperando que el otro...

Gastón: Sí, que el otro le diga.

(Gastón, 18 años, estrato bajo)

Como así también de la incapacidad personal de las mujeres para expresar su deseo sexual (por tímida o recatada) y de la incapacidad social de expresar su deseo sexual (doble moral sexual, preocupación por no ser considerada como “una cualquiera” o una chica fácil).

Maximiliano: No sé por qué, pero yo siempre creo que a una mujer la presionás un poquito y después termina aflojando... eh... pero la verdad, si me preguntás por qué no sé por qué... Por ahí para ser un poco más recatadas o algo así...

(Maximiliano, 18 años, estrato bajo)

Bernardo: Sí, hay algunas que son muy tímidas, son muy tímidas y... y hay que llegar a insistir, insistir hasta que... pero en el momento, no así de... de llegar a convencerlas en el momento, así, te convengo ahora de algo... Por ejemplo mi mamá si no quiere dormir en un lado vos la apretás, la apretás: dale, dormí ahí, dormí ahí y la convencés y va y duerme ahí.

Entrevistador: ¿La tenés que convencer de a poco?

Bernardo: La tenés que convencer... obligarla... y de alguna manera... qué sé yo, tratar de que tenga confianza y confíe en vos y así qué sé yo, te haga caso.

(Bernardo, 16 años, estrato bajo)

Tomás: Claro, puede ser, ahí creo que tienen miedo a ser catalogadas como fáciles, en algunos casos. Después cuando la mujer es virgen tiene miedo, para mí, de ser, digamos..., privadas de su virginidad y abandonadas. Porque muchas tienen mucho miedo de perder la virginidad, no sé por qué...

(Tomás, 17 años, estrato alto)

Una cuestión interesante que apareció en los varones adolescentes más jóvenes y especialmente en los no iniciados sexualmente, es el tema de la herida en la autoestima que significa un rechazo inicial ante una insistencia verbal para tener relaciones sexuales.

Francisco: Muchas veces me ha pasado de decir... de ser: no... Así dos veces solamente y quedás ahí en el medio, no sabés qué decir... quedás descolgado... y... quedás mal, porque si te dice que no te bajoneás, estás ahí a un costado, mal, no es que te vas a poner a llorar ni nada por el estilo, pero... te bajoneás... no sé...

(Francisco, 15 años, estrato bajo, no iniciado sexualmente)

Esta herida en la autoestima puede estar dando cuenta de la presión internalizada de los adolescentes varones tienen de autolegitimarse en su masculinidad a través de la expresión de su sexualidad, "ganando" mujeres. Esto puede llegar a asumir una imagen de batalla en la que es necesario replantear posiciones para no quedar como perdedor.

Entrevistador: ¿Si tenés ganas de tener relaciones sexuales con una chica y ella te dice que no qué hacés?

Claudio: La mando a la mierda (risas), de una... o la bardeo así, mal y...

Entrevistador: ¿La bardeás cómo, qué le decís...?

Claudio: No sé el comentario pero en el momento me sale bien y queda mal ella, en el momento me sale, me agrando, me agrando más... O sea, no me queda otra, si no sabés qué... me dice: no y yo me voy tranquilo... peor... claro, se agranda ella encima... No, le demuestro como que no... nada...

(Claudio, 19 años, estrato bajo)

No es sí

En el segundo ítem se les pedía que reflexionaran sobre la frase que dice cuando las mujeres dicen no quieren decir sí. Aquí indagamos si reconocían que la insistencia verbal frente a una negativa de la otra persona constituía una forma de coerción.

En general esto tampoco es identificado como presión, ya que para estos adolescentes todas las chicas de partida dicen que no y, relacionado con lo que trabajamos en la categoría anterior, es la función del varón revertir ese no. Sin embargo, aquí sí encontramos algunas diferencias por estrato social. Los adolescentes de estrato socioeconómico alto parten de la idea de que un no generalmente es un no, pero que dependiendo del tono de voz con el que la chica lo diga esto es cierto o es un consentimiento disimulado:

Agustín: A veces no quiere decir no (...). Y no sé, depende la situación, depende el tono de la voz, a veces te dicen un NO es no, si te dicen un: noooo, nooo, no, es un sí, o sea... se está haciendo la difícil por lo que te dije antes...

(Agustín, 17 años, estrato alto)

Luis: Y no... bah, depende el tono que lo diga, según el tono que lo diga, porque por ahí dicen que no para buscar el pie a... a que avance él.

(Luis, 16 años, estrato alto)

Rodrigo: Claro, depende el tono también, obviamente, pero... te das cuenta... si te dicen no, así... te das cuenta cuando es por el tono... generalmente el no es no.

(Rodrigo, 18 años, estrato alto)

En los adolescentes de estrato socioeconómico bajo aparece más esta idea de que el no de una chica para acceder a tener relaciones tiene un doble sentido y está probando el interés que tiene el varón en esa relación. Depende del ingenio del varón, del "chamuyo" que tenga, que logre convencer a la chica para que tenga relaciones sexuales.

Emiliano: Es como te dije antes... eh... lo dicen... aparte... a veces lo dicen con doble sentido, ese no es a ver cómo es tu respuesta, qué piensa el hombre después que dijo no, o: tomátelas o la seguís queriendo, entendés... Pero las pibas saben decir con doble sentido, entendés...
(Emiliano, 19 años, estrato bajo)

Gonzalo: Pero que vos... o sea... vos la estás... o sea... cómo te puedo decir... a ver cómo te puedo decir, vos estás con una piba y... o sea, te dice: no, no, no y qué sé yo, y vos te das... hay veces que te das cuenta que la piba quiere, por las situaciones o el lugar y esas cosas, qué sé yo... y... o por conocerla como es o... entendés... A mí me pasó que yo conocía a una piba cómo era, que sabía cómo era, que era así, qué sé yo, que se hacía de rogar... y cuando estuve con ella también, dice que no, no... qué sé yo... y está tirada en la cama ahí, sin los pantalones, qué sé yo... y terminás... igual terminan, algunas terminan, terminás con las pibas...

Entrevistador: ¿Tenés relaciones?

Gonzalo: Claro, a mí me pasó también que... que a veces que estás con una piba y... estás en la cama y todo así y dicen que no, te dicen que no, pum y por nada se levantan, así, se cambian, se empiezan a cambiar... y vos te quedás re-colgado, viste... Claro... no entendés... Y es una forma de demostrar que... que... o sea, quieren que vos te intereses por ellas, entendés, algunas llegan hasta ese límite y algunas otras no, algunas lo hacen de otra forma, entendés. O te quiere probar...

Entrevistador: Ajá, a ver qué hacés en esa situación.

Gonzalo: Claro.

(Gonzalo, 19 años, estrato bajo)

Esta línea argumental que sostiene que un no es un no, pero que puede llegar a ser un sí dependiendo del tono, de la manera en que la chica lo diga, se da principalmente en los adolescentes de estrato alto. Por otro lado, encontramos principalmente entre los adolescentes de estrato bajo esta cuestión que no es un sí potencial, es decir, depende de los artilugios que despliegue el hombre ("chamuyo") de trasformarlo en un sí. En ambas posturas, permanece esta noción de que es necesario descifrar un lenguaje que no es evidente (el tono, el cómo lo diga, la actitud que tome mientras te lo diga).

Aparece también la cuestión de la reputación de la mujer (el tipo de mujer que es) para decodificar su mensaje.

Ignacio: Claro, depende mucho de... de la... la mujer y cómo sea... Hay algunas... le dicen ligeritas a las pibas, como se visten y todo eso, hay algunas pibas que son así, digamos, ligeritas y te dicen que no pero te están agarrando la mano, entendés. Y hay mujeres que no, que te dicen no y la tenés que entender, porque no es no.

(Ignacio, 20 años, estrato bajo)

No me podés dejar así

En el tercer ítem se le daba al entrevistado un ejemplo sobre un chico y una chica que se conocían en un baile, tenían un acercamiento íntimo y se excitaban mucho. Ella no quería tener relaciones sexuales, pero él no aceptaba que le dijera que no, diciendo que ella lo había calentado y no lo podía dejar así. Con este ítem exploramos si identificaban como situación coercitiva el hecho de presionar a la chica una vez que ya habían comenzado a tener alguna aproximación y ella no quisiera continuar.

En general, todos los entrevistados reconocían que esta situación implicaba algún tipo de presión y que el "deber ser", lo que correspondía hacer, era no insistir más en el tema.

Rodrigo: Y... bueno, que para tener... si te dicen que no es no, es de los dos... Cada uno tiene derecho a parar cuando quiere.

(Rodrigo, 18 años, estrato alto)

Ignacio: Este... pero... como decía antes, si... al menos yo pienso que si no tenés ganas no podés obligar a la otra persona a que... está bien, te puede calentar a full, porque te puede calentar una mujer, pero bueno, no quiso, no quiso. Intentalo... ponele, el otro sábado. Claro...

Entrevistador: Más adelante...

Ignacio: Y va a ser... vas a gozar el doble porque vas a quedar con la calentura: ah, sí, el sábado pasado me dejaste con las ganas, ahora vas a ver...

(Ignacio, 20 años, estrato bajo)

Ahora bien, este deber ser se ve teñido por dos factores que están hablando de representaciones sobre los roles de género que crean intersticios de legitimidad para tomar conductas coercitivas. Por un lado subyace el supuesto de que el hombre es dueño de una “sexualidad indomable” y no puede controlar sus impulsos. En cambio, la mujer, puede manejar su sexualidad, jugar con el hombre. Aparece esta cuestión de chicas que excitan a los hombres, como si ellas no fueran susceptibles de excitarse también:

Francisco: Y, siempre los chicos se calientan más cuando estás transando con una chica y tienen más deseo de tener relaciones sexuales que los chicos, que las chicas digo. Y... si una chica dice que no, no la podés obligar a que tenga sexo con vos.
(Francisco, 15 años, estrato bajo)

Gustavo: Y, el pibe se va a enojar... porque para qué lo va a hacer calentar tanto... franeleo, franeleo y después no va a pasar nada, le agarra una bronca... como diciendo: dale... para qué te hace calentar...
(Gustavo, 16 años, estrato bajo)

Antonio: Eh... y pienso que... por ahí es verdad eso... eh... no sé... hay minas que son así... te excitan mucho, como en ese ejemplo y después le decís de tener relaciones y te dicen que no. Por ahí tienen un poco la culpa a veces... eh... pero... son calienta pavas y después no toman el mate.
(Antonio, 18 años, estrato alto).

Por otro lado, nuevamente aparece el tema de la reputación de la mujer para descifrar el lenguaje, depende de las características del interlocutor se interpreta lo que está diciendo:

Emiliano: Según cómo viene la mano... si la piba era una prostituta, bah, una piba que estaba calentándolo y no quiere... eh... no sé, hay que respetarla pero también... eh... sí, hay que respetarla... Cada uno tiene que hacer lo que quiere pero... eh... no... no se debería hacer... porque si lo calienta como dice ahí... bancátela... porque estás haciendo un papel de...
(Emiliano, 19 años, estrato bajo)

Félix: Yo de ese tipo no soy, si se da se da, si no, no. Creo que está mal apurar a una piba a tener relaciones sexuales si la conocés esa noche y ya la querés apurar, depende cómo sea la chica... Si la ves muy cara de... bueno, muy de atorranta... sería... pero depende...

Entrevistador: ¿Si tiene cara de atorranta es apurable, digamos?

Félix: Claro, si se da se da, si ella busca, también si vos buscás se da, si no... depende la chica.
(Félix, 18 años, estrato bajo)

Prueba de amor

En el cuarto ítem se les daba un ejemplo en el que un chico quiere tener relaciones sexuales con su novia pero ella no se siente preparada y él le dice que si no tiene relaciones con él, la deja. Aquí indagamos si reconocían que la amenaza de terminar una relación por no acceder a tener relaciones sexuales en el marco de una pareja más o menos estable podía llegar a ser codificada por el otro actor (en este caso la pareja) como una forma de coerción.

En este caso, todos los entrevistados reconocen que ahí se está presionando a la chica y lo reprueban moralmente. Sin embargo, también se crean espacios de legitimidad para conductas coercitivas al mencionar que si “la quiere” esto está mal, hay que “darle un tiempo”. Si no la quiere, esto sólo es un recurso para acceder a tener relaciones sexuales.

Emiliano: Me parece que el chico está equivocado, si realmente la quiere... eh... Ahora si es una que conoció un día y al otro día... está bien, pero si la quiere realmente no, le tiene que dar un tiempo para esperarla.
(Emiliano, 19 años, estrato bajo)

Diego: Y, que si la piba no está preparada yo diría... que el pibe si la quiere mucho... que se la aguante y que... y que siga esperando hasta que la piba esté preparada, si la quiere, si no... va a ser como... como dice éste, se va a ir y la va a dejar.
(Diego, 17 años, estrato alto)

En los adolescentes de estrato medio-alto, aparece también esta idea pero en términos de “proyectos” a corto y a largo plazo:

Agustín: Y me parece que el chico no quiere tener un proyecto a futuro con la novia, quiere hacer un... solamente quiere tener bah... tener sexo, nada más, o sea, no le importa si la quiere o no. Yo le respetaría los tiempos, creo que uno tiene que respetar los tiempos.
Entrevistador: ¿Y en general cómo ves que es eso?
Agustín: No, creo que no, que no se respeta, se la presiona mucho a la novia...
Entrevistador: Vos ves que...
Agustín: Sí, se las presiona mucho...
(Agustín, 17 años, estrato alto)

Fantasías

El quinto ítem preguntaba sobre si le parecía que era placentero tener relaciones sexuales con una chica que se resiste. En este ítem indagamos sobre la creencia en que las situaciones de presión constituían parte del deseo sexual masculino.

En este punto encontramos bastantes diferencias según el estrato socioeconómico de los entrevistados y en las edades. Mientras que los adolescentes de estrato socioeconómico alto y medio-alto y los más jóvenes sostenían que no encontraban placentero tener relaciones sexuales con una chica que se resiste, los entrevistados de estrato bajo y más grandes veían en mayor medida esta situación como excitante.

Joaquín: Porque le cuesta más, entendés... es más costoso que otras, que fueron más fáciles, que hubo menos chamuyo, entendés, fue más rápido, con una que se resiste es mejor, porque sabés que te costó más chamuyarla, que es diferente...
(Joaquín, 15 años, estrato bajo).

Entrevistador: ¿Te parece que es placentero tener relaciones sexuales con una chica que se resiste?
Rodrigo: Sí.
Entrevistador: ¿Por qué?
Rodrigo: Porque buscás... más difícil... no es todo regalado, no sé, te lo ganás vos...
(Rodrigo, 18 años, estrato alto)

Gastón: Sí, es más excitante. No sé, lo veo más excitante, con la otra ya es muy común... Como el macho de la manada..
(Gastón, 18 años, estrato bajo)

Y este último término del “macho de la manada” remite a la idea de grupo de pares que hay detrás de esta legitimación de su masculinidad, la “conquista” de su masculinidad.

Conductas concreta de coerción

La mayoría reconoce haber presionado de alguna forma a una chica para tener relaciones sexuales. Esta presión, la mayoría de las veces, se trata de insistencia verbal, de convencerla, de “hacerla agarrar confianza”. Pocos casos, en general de estrato socioeconómico alto, más jóvenes y en relación de noviazgo, dicen no haber presionado nunca a una chica para que accediera a tener relaciones sexuales y declaran que las relaciones sexuales que tuvieron siempre fueron de mutuo acuerdo. En los adolescentes de estrato bajo aparece la cuestión del “chamuyo” para “ganar” a la chica, el tema de la “presión necesaria”.

Joaquín: Claro, la convengo de que si quiere... que no va a pasar nada, que está todo bien y así, despacito, entendés, vamos ganando... y siempre quieren.
(Joaquín, 15 años, estrato bajo)

Entrevistador: ¿Alguna vez te encontraste en una situación en la que tuvieras que presionar un poco a la chica para que accediera a tener relaciones?

Germán: Sí... sí, la mayoría de las veces (risas).

Entrevistador: ¿Y cómo es esa...?

Germán: No... se va hablando, como... como te vaya saliendo en el momento... a mí mucho no... o sea, el chamuyo corto, a mí mucho, así... lo hablamos ya y me sale ya rápido no, no... necesito un tiempo (risas), para hablar necesito un tiempo, no puedo... Hay... a mí, no sé... hay pibes que son... o sea, que convencen enseguida, yo no soy de convencer enseguida...

Entrevistador: Vos necesitás...

Germán: Claro, lo voy hablando pero no puedo hacer aflojar, así, de golpe, hay pibes que sí, que tienen la facilidad de..., que convencen enseguida, pero no, yo no soy de...

(Germán, 18 años, estrato bajo)

Solamente uno de los entrevistados relató una experiencia en la que había insistido a una chica para que tuviera relaciones sexuales pero no reconocía que esto fuera presión, ya que ella lo había acompañado hasta la casa de él con intenciones de tener relaciones sexuales y después se había negado. El entrevistado interpretó esto como una situación de "histeriqueo" (provocación) en la que él debía convencerla de tener relaciones.

Leandro: Después que te dice que sí, no, no, no... qué no, ahora ya está, no hay... no hay vuelta de página... Ahora vas a tener relaciones sexuales sí o sí... Porque después de todo yo no te amenacé para venir acá, entendés... qué te pasa... a qué estás jugando, a la escondida?

(Leandro, 19 años, estrato bajo)

Los límites entre este juego y la presión aparecen confusamente delimitados. Cuando se compara estas conductas concretas de presión con lo que relatan adolescentes mujeres en otra investigación (Pantelides y Geldstein 1999) lo que allí aparece como presión, aquí no es concebido como tal. Por otro lado, la insistencia verbal y el convencimiento del varón hacia la mujer aparece más entre las experiencias que relatan los varones.

Ahora bien, cuando analizamos las situaciones en los que ellos mismos se ven como víctimas de coerción, encontramos que pocos adolescentes varones reconocen haber sido presionados por su pareja para mantener relaciones sexuales. Esto aparece directamente vinculado con la concepción de que un varón no puede negarse a tener relaciones sexuales o desperdiciar la oportunidad de un encuentro sexual. Los que reconocían haber sido presionados por una chica para mantener relaciones, lo relataban como algo jocoso, con escasa trascendencia en su historia sexual y como parte de su disponibilidad sexual, aunque las situaciones que relatan son bastante semejantes a las que relatan cuando ellos presionan a otras chicas:

Maximiliano: No, fue una gorda... fui con un pibe, hace un sábado... fue una gorda, un monstruo era... No, había unos pibes grandes que estaban con nosotros y dijeron: vayan a pelear, a mí, a la mina y al otro pibe, y fuimos a la casa del pibe este y el chabón se la dio... Y bueno, no, fue un garrón... No bueno, entonces fui yo y me quería matar...

Entrevistador: ¿Pero quién era, fuiste a lo de un amigo y...?

Maximiliano: No, fuimos a bailar, y ahora para con nosotros, cayó una piba de ahí del barrio, que es re-trola, es un monstruo, no es fea, es re-gordita, viste, tiene unas tetas bárbaras... Y está todo del día: eh!! garchaste!!, se garchó a varios pibes de ahí, viste, y la otra vez me tiró la onda a mí, esto que el otro, bueno, sí, vamos al garage del pibe este, viste. Y sí, sí, sí... entonces fuimos, a bailar, volvimos, fuimos al garage... a garchar... Pero no, así... a lo último me quería morir... porque la vi en bolas a la gorda, me quería matar... me quería pegar un tiro en la gamba...

Entrevistador: ¿y qué fue lo que te llevó a tener relaciones?

Maximiliano: La calentura.

Entrevistador: Ajá.

Maximiliano: Me habrá calentado. (...) Sí... zarpa re-mal, es un demonio... No, pero no es que me obligó, yo porque tenía ganas... me vino de arriba, bueno: tomá...

(Maximiliano, 19 años, estrato alto)

Entrevistador: ¿Alguna vez tuviste relaciones sexuales sin tener realmente ganas?

Juan Gabriel: Sí.

Entrevistador: ¿Y esa vez qué fue lo que te llevó a tener relaciones sexuales?

Juan Gabriel: Porque me insistía la piba, la chica.

Entrevistador: ¿Qué era, una amiga o...?

Juan Gabriel: Una amiga.

Entrevistador: Ajá. ¿Estabas saliendo?

Juan Gabriel: No, no.

Entrevistador: Y quería tener relaciones con vos...

Juan Gabriel: Claro.

Entrevistador: Ajá. Y vos accediste...

Juan Gabriel: Vamos a complacerla... (risas).

(Juan Gabriel, 17 años, estrato bajo)

El grupo de pares (amigos, compañeros del colegio, primos mayores) también aparece como un espacio donde al adolescente varón se lo insta a que tenga relaciones sexuales pero esto no es reconocido como presión por ellos.

Gustavo: Sí, presionado no... Presionado puede ser... una o dos veces, que estás con una piba y te dicen: dale, andá, transátela... ésa va a los hechos de una... -no, porque esta después es zorra y me voy a quemar, viste... te dicen: dale, dale y si no te entran a gastar una semana, dos semanas y de última arrancás, arrancás y decís: bueno, dale, vamos.

(Gustavo, 16 años, estrato bajo)

Entrevistador: Dice: ¿alguna vez tuviste relaciones sexuales sin tener realmente ganas?

Leandro: Sí, sí.

Entrevistador: ¿Qué fue lo que te llevó a tener esa vez relaciones?

Leandro: Qué es lo que me llevó...

Entrevistador: Sí.

Leandro: El qué dirán...

Entrevistador: Ajá. ¿Qué era, una amiga, una novia...?

Leandro: No, una piba del barrio...

Entrevistador: Ah.

Leandro: Que te jodan adelante de todos los pibes... te querés matar...

Entrevistador: ¿La piba?

Leandro: Claro.

Entrevistador: Ah, como que te apuré...

Leandro: Claro, delante de todos... te querés matar... la concha de tu madre, te querés matar... te

Entrevistador: Ah, ¿y al final tuviste relaciones?

Leandro: Sí, claro.

Entrevistador: Pero no tenías ganas...

Leandro: No, no, no.

Entrevistador: Porque no te gustaba...

Leandro: No me gustaba ni nada...

(Leandro, 19 años, estrato bajo)

Esta presión cobra especial relevancia en el tema de la iniciación sexual de los adolescentes varones:

Facundo: No... Capaz presión si te preguntaban si ya tuviste relaciones, lo sentías como una presión, pero no... presión interna, que ellos no te lo hacían para presionarte y vos te lo tomabas como eso, pero no...

(Facundo, 19 años, estrato alto)

Entrevistador: ¿Qué te llevó a vos a tener tu primera relación sexual?

Pablo: Eh... varias cosas, en principio la calentura, no sé... y también un poco... o sea, porque en principio uno pensaba: quiero dejar de ser virgen por mis amigos, que... eso también pasa por la cabeza, en el momento después no me importó, pero... también...

Entrevistador: Era una mezcla de todo eso, digamos.

Pablo: Claro.

Entrevistador: Una cosa las ganas y también un poco lo de la presión...

Pablo: Claro, la presión de todavía ser virgen...

(Pablo, 17 años, estrato alto)

Bernardo: No, creo que los hombres le dan más importancia [al sexo], porque están esos amigos que apuran, te dicen: eh... ¿vos ya cogiste?... qué sé yo... te mandan a un sauna...

(Bernardo, 16 años, estrato bajo)

Entrevistador: ¿Y quién tomó la decisión de tener la primera relación sexual? ¿Vos?

Germán: Sí..., sí, yo. Fuimos un par más...

Entrevistador: ¿Y a quién se le ocurrió, a todos juntos...?

Germán: No, los más grandes creo que decidieron sobre los que éramos más chiquitos en ese momento, entonces bueno: los llevamos, nos llevaron todos, entonces fuimos...

Entrevistador: ¿Qué eran, más grandes?

Germán: Claro, unos amigos más grandes que fueron los que decidieron, había tres... tres éramos sin haber debutado y bueno, los llevamos, dijo: los llevamos... y nos llevaron.

Entrevistador: ¿Qué eran, amigos del barrio, del club...?

Germán: No, eran de la escuela, lo que pasa es que... ya cuando yo estaba en... tercero, estos habían repetido ya un para... ya eran medio viejotes... Entonces fuimos todos, más para no quedar como... no sé, así como: no, a mí no me interesa, y bueno, fuimos los tres. Después como que te arrepentís porque decís: no, tendría que haber sido por mérito propio, pero bueno, después ya fue...

Entrevistador: ¿Se fueron a un prostíbulo?

Germán: Sí, fuimos a ver qué pasaba...

(Germán, 18 años, estrato bajo).

Esta presión “interna”, que está sin decirla, sin nombrarla pero actuada concretamente, da cuenta de la presión masculina sobre los otros varones para que legitimen su masculinidad como heterosexual y su disponibilidad sexual permanente.

Recapitulación y algunas reflexiones

A lo largo de este artículo hemos analizado el concepto de coerción sexual y algunos aspectos de su relevancia teórica y práctica que tiene para los estudios en sexualidad y salud reproductiva. Aunque el concepto teórico dista de ser claro en su aplicación práctica, nos permite identificar algunas dimensiones que dan cuenta de relaciones sociales de dominación por género. Hemos revisado estudios previos similares que dan cuenta de la existencia de este fenómeno y cómo podemos llegar a analizarlo, limitándonos a la producción científica realizada en Argentina hasta el año 2001. Describimos sucintamente algunas cuestiones de la estrategia metodológica que utilizamos en el estudio que sirve de base a para este artículo. Finalmente, describimos algunos resultados preliminares de nuestra investigación sobre actitudes de los adolescentes sobre coerción sexual, conductas concretas de coerción sexual cuando los varones son los perpetradores, conductas concretas de coerción sexual cuando los varones son las víctimas, e introducimos en el análisis la influencia del grupo de pares en las conductas sexuales y reproductivas.

Mientras que la situación de violación aparece claramente delimitada y definida por los adolescentes varones (como acción violenta contra la voluntad de la víctima), se abre una amplia gama de conductas sexuales que implican relaciones asimétricas de género, pero donde es difícil determinar si se trata de coerción sexual o un consentimiento disimulado. Esta “zona gris” de la coerción de la que hablan Pantelides y Geldstein (1999) para el caso de las mujeres, también toma cuerpo cuando se analiza la perspectiva de los varones adolescentes. El imperativo social de que los varones son los responsables de tomar la iniciativa sexual en relación con una concepción esencialista de la sexualidad coloca a estos adolescentes en un marco de acción en el que se hace difuso el límite entre juego de seducción y el directo avasallamiento de los derechos sexuales de la otra persona. Y es que este trabajar sobre códigos binarios, sobre lo que debo descifrar de lo que me está diciendo la otra persona, sobre lo que debo interpretar cuando una chica me dice no (opuesto a cuando un varón dice no), revela estructuras internalizadas de dominación.

Al mismo tiempo, opera en el caso de los adolescentes varones la presión de autolegitimarse en su masculinidad a través de la expresión de su sexualidad, “ganando” mujeres. Esta presión apenas es percibida

como tal por ellos. Podríamos pensar en una doble coerción: del varón adolescente sobre la chica que le dice que no, insistiéndole verbalmente (en el mejor de los casos) y la coerción “interna” de este varón que debe legitimarse como tal, no frente a una mujer, sino frente a los otros varones (grupo de pares).

Estos resultados preliminares sobre las dimensiones de actitudes sobre la coerción sexual y conductas concretas de coerción sexual (como perpetradores y como víctimas) nos guían hacia la necesidad de un análisis más profundo del grupo de pares como instancia crucial en la construcción de una identidad masculina y la factibilidad de intervenciones en este nivel. Además, estos resultados nos orientan hacia la hipótesis de relación entre las imágenes de género y las percepciones de estar coercionando (en relación con conductas concretas de coerción).

Coincidimos con Michel Foucault en que resistirse contra una forma de poder “no puede satisfacerse con denunciar la violencia o criticar una institución. No basta con denunciar la razón en general. Lo que hace falta volver a poner en tela de juicio es la forma de racionalidad existente” (Foucault 1990: 139). Tal vez el poner en “tela de juicio” la racionalidad de estos mecanismos que llevan a gran parte de los hombres a avanzar sobre la decisión de gran parte de las mujeres nos permita comenzar a quitarle legitimidad a esta relación social de dominación.

Referencias bibliográficas

Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Brittan, Arthur. 1989. *Masculinity and Power*. Oxford: Blackwell.

Brod, Harry y Kaufman, Michael. 1994. *Theorizing masculinities*. Londres: Sage Publications.

Connell, Robert. 1995. *Masculinities*. Australia: Allen & Unwin.

Cornwall, A. y Lindisfarne, N. 1994. "Dislocating masculinity. Gender, power and anthropology". En Cornwall, A. y Lindisfarne, N. (editores). 1994. *Dislocating masculinity. Comparative ethnographies*. Londres: Routledge.

Denzin, Norman y Lincoln, Yvonne. 1998. *Collecting and interpreting qualitative materials*. Londres: Sage Publication Inc.

Dey, Ian. 1993. *Qualitative data analysis*. Londres: Routledge.

Figueroa, Juan Guillermo; Stern, Claudio y Medina, Guillermo. 1999. *Seminario internacional sobre avances en salud reproductiva y sexualidad. Reflexiones No. 11. Sexualidad, salud y reproducción*. México, D.F.: Programa Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México.

Foucault, Michel. 1990. *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.

Glaser, Barney y Strauss, Anselm. 1967. *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*. New York: Aldine Publishing Company.

Heise, Lori, Moore, K. y Toubia, N. 1995. *Sexual coercion and reproductive health. A focus on research*. Nueva York: Population Council.

Infesta Domínguez, Graciela. 1996a. *Fecundidad en la adolescencia: el ejercicio de los derechos reproductivos en el comienzo de la vida sexual, Informe final de investigación*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

Infesta Domínguez, Graciela. 1996b. “Salud reproductiva y sexualidad: una visión desde la perspectiva del varón adolescente”. En AA.VV. 1996. *Segundo Taller de Investigaciones Sociales en Salud Reproductiva y Sexualidad*. Buenos Aires: CENEP/OMS/CEDES/AEPA.

Infesta Domínguez, Graciela y Manzelli, Hernán. 1998. "El estudio de la participación del varón en la salud reproductiva: notas para la discusión", en: Mendes Diz, Ana María et al. (compiladoras). 1998. *Salud y Población. Cuestiones Sociales Pendientes*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Kaufman, Michael. 1995. "Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres",. En Arango, Luis, Leon, Mara y Viveros, Mara (compiladores). *Género e identidad. Ensayos sobre lo masculino y lo femenino*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Kimmel, Michael y Messner, Michael (compiladores). 1992. *Men's lives*. New York: MacMillan.

Kimmel, Michael. 1992. "La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes", *Ediciones de las Mujeres* (17), ISIS Internacional.

Kornblit, Analía y Mendes Diz, Ana María. 1994. *Modelos sexuales en jóvenes y adultos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Necchi, Silvia; Schufer, Marta y Méndez Ribas, José. 2000. "Adolescentes de la ciudad de Buenos Aires: su paso hacia la vida sexual adulta". En Pantelides, Edith y Bott, Sarah (editoras). 2000. *Reproducción, salud y sexualidad en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Biblos, Organización Mundial de la Salud.

Pantelides, Edith y Geldstein, Rosa. 1999. "Encantadas, convencidas o forzadas: iniciación sexual en adolescentes de bajos recursos". En AA.VV.. 1999. *Avances en investigación social en salud reproductiva y sexualidad*. Buenos Aires: AEPA, CEDES, CENEP : 45-53.

Pantelides, Edith y Cerruti, Marcela, 1992. *Conducta reproductiva y embarazo en la adolescencia*. Buenos Aires: Cuadernos del CENEP 47, CENEP.

Pantelides, Edith; Geldstein, Rosa e Infesta Domínguez, Graciela. 1995. *Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia*. Buenos Aires: Cuaderno del CENEP N° 51, CENEP.

Segal, Lynn. 1990. *Slow motion. Changing masculinities; changing men*. Nueva Jersey: Rutgers, Universtiy Press.

Seidler, Victor. 1994. *Unreasonable Men. Masculinty and social theory*. Londres: Routledge.

Strauss, Anselm. 1987. *Qualitative analysis for social scientists*. Cambridge: Cambridge University Press.

Villa, Alejandro. 1996. *Subjetividad y salud reproductiva: un enfoque sobre las perspectivas de los hombres de poblaciones urbanas de extrema pobreza*. Informe final de investigación, Sao Paulo, Prodir II- Fundación Carlos Chagas.